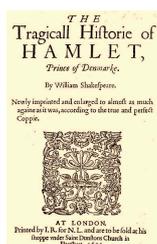




LOS MONÓLOGOS DE HAMLET:

Unas páginas sutiles y poderosas ¹.



Aquí están las hojas más más frágiles y sin embargo las que
perdurarán más fuertes,
Aquí resguardo a la sombra y oculto mis meditaciones, yo mismo
no las expongo,
Y sin embargo ellas me exponen más que todos mis otros poemas.

Walt Whitman, *Leaves of Grass, Calamus, Here the Frailest Leaves of Me.*

Los cuatro monólogos más extensos de Hamlet siempre han resultado atractivos y desafiantes, no sólo para quienes presencian o leen la obra, sino para aquéllos que de alguna manera interactúan con ella: los encargados de representarla, filmarla, o traducirla. En estos parlamentos Hamlet nos permite acceder de algún modo a su conciencia, nos deja entrever su interior, su cambiante estado de ánimo, a medida que transcurre la historia. En ella es difícil asegurar cuándo Hamlet está hablando en serio, o no está engañando o burlándose de alguien –incluso del espectador. Los monólogos son con certeza algunos de esos pocos momentos. Son reflexiones, o más bien confesiones, no tan sencillas de aceptar. En ellos no hay ironía ni ocurrencias ingeniosas; no hay nada de qué alardear ni hay nadie a quien confundir; allí Hamlet se nos muestra casi sin poder evitarlo, como de mala gana, como si no estuviéramos allí. Muchas veces se discute si el actor debe declamarlos como pensando en voz alta, o dirigiéndose abiertamente a la audiencia; la cuestión esencial pasa, me parece, por otro lado. Estos monólogos son, creo, de un valor excepcional, incluso dentro de una obra excepcional como lo es *Hamlet*.

¹ Este texto fue preparado por Alberto Colombi especialmente para la Fundación Shakespeare Argentina. Ilustración: Portada de *Hamlet, Príncipe de Dinamarca* en su edición de 1605.

Las fatigosas y vanas costumbres de este mundo ²



Los tiempos están fuera de quicio: ¡Oh suerte maldita,
Que haya nacido yo para enderezarlos!

William Shakespeare, *Hamlet*, 1.5.189-190.

Hace poco que ha comenzado la obra: hemos estado en la muralla, con los soldados y un fantasma; hemos visto al rey en su corte y escuchado sus palabras duras y brillantes como acero; allí mismo hemos visto a Hamlet, de profundo negro por la reciente muerte de su padre, y a la reina, su madre, feliz, del brazo de su nuevo rey. Cuando todos se marchan de la escena, nos quedamos a solas con Hamlet, con el vacío que ha dejado en él su padre, con la incomodidad que siente por la presurosa boda de su madre, y sólo nos queda escuchar sus íntimos, y pareciera que últimos, deseos.

¡Oh, que esta carne demasiado, demasiado sólida
Pudiera derretirse, fundirse y disolverse en un rocío!
O que el Todopoderoso no hubiese decretado
Su ley contra el suicidio. ¡Oh, Dios, Dios,
Qué fatigosas, rancias, vanas e inútiles
Me parecen todas las costumbres de este mundo!
¡Ah, qué vergüenza! Es un jardín lleno de maleza,
Que no da flor; lo ocupan por completo cosas
Que crecen excesiva y groseramente. ¡Que se haya llegado a esto!
Muerto hace sólo dos meses –no, ni siquiera, ni dos–,
Un rey tan excelente, que comparado con éste era
Como Hiperión junto a un sátiro; tan afectuoso con mi madre
Que no consentía que los vientos del cielo visitaran
Su cara con demasiada rudeza. El cielo y la tierra,
¿Debo recordarlo? ¡Ah!, ella que se aferraba a él,
Como si su apetito hubiese aumentado
Con aquello de que se nutría, y sin embargo en un mes...

² Ilustración: Thomas Lawrence, *John Philip Kemble como Hamlet* (1801).

–No quiero ni pensarlo; debilidad, tu nombre es mujer–
Un mes apenas, o antes de gastarse los zapatos
Con que siguió el cuerpo de mi pobre padre
Como Níobe, toda en lágrimas; ¡ah!, ella, ella misma
–¡Oh, Dios, un animal incapaz de razonar
Hubiera sentido un dolor más duradero– casada con mi tío,
El hermano de mi padre, pero no más parecido a mi padre
Que yo a Hércules –en un mes,
Incluso antes que la sal de las más falsas lágrimas
Hubiese dejado de fluir de sus ojos irritados,
Se casó. ¡Oh, prisa tan perversa, lanzarse
Con tanta ligereza hacia sábanas incestuosas!
No está bien, ni puede traer nada bueno;
Pero que se rompa mi corazón, pues debo refrenar mi lengua.

Lo que más desea Hamlet en este momento es abandonar su presente, su carne, su vida. El mundo que le toca vivir –*este* mundo, dice, como si fuera el de hoy– es demasiado insoportable para él: todo allí es mediocre, vano, corrupto. En él están su madre y su tío, demasiado ansiosos de jugar bajo las sábanas –y en ese mismo mundo ya no está su padre, sino en otro, que sólo le permite mostrarse como ideal y como fantasma. Hamlet atravesará los cinco actos que le quedan de vida partiendo de este estado de ánimo, tratando de hallar el sentido de una muerte con otra, intentando explicar la traición de su madre, para terminar encontrándose con la de su prometida: en fin, a medida que la historia transcurre, pareciera que las cosas se complican, en lugar de aclararse, para él.

Hamlet se hunde en su destino, pero sobre todo en sus pensamientos: el tiempo transcurrido entre el funeral del padre y la boda de la madre, se acorta con el solo paso de los versos. *Dos meses - no, ni siquiera, ni dos – sin embargo en un mes - un mes apenas* / a little month / *un mesecito* traducen otros: no hay ironía aquí, lo que ocurre es que la ofensa al recuerdo del padre es, en su cabeza, mayor a cada instante. Cerca del final del monólogo, Hamlet se refiere a sí mismo como Hércules, acaso porque la tarea que le espera le resulta tan irrealizable como las hazañas de ese otro héroe; y compara a su madre, curiosa, amargamente, con Níobe: aquélla que no supo llorar humanamente y en vida a su esposo, se contrapone a la que no pudo dejar de llorar a sus hijos, convertida en estatua, ni siquiera después de muerta.

¿Qué es Hécuba para él? ³



¿Qué es Hécuba para él?, se pregunta Hamlet en presencia del actor ambulante que llora por Hécuba. Y Hamlet no tiene más remedio que reconocer que ese comediante que derrama lágrimas auténticas, ha logrado establecer con esa muerte tres veces milenaria una comunicación más profunda que la de él mismo con su padre enterrado la víspera...

Marguerite Yourcenar, cuadernos de notas a las *Memorias de Adriano*.

El próximo monólogo llega al final del segundo acto. Hamlet ya se ha encontrado con el espectro de su padre –quien le revela que fue asesinado por su propio hermano–; ahora el mismo rey asesino le ha enviado a él dos viejos amigos devenidos en espías, para vigilarlo de cerca; y por primera vez en la obra, con la llegada de unos actores ambulantes a la corte, el joven príncipe abandona su melancolía y cree entusiasmarse. Pero las palabras de un actor –un parlamento que él mismo comienza a exponer, y falla en recordar, poco después– vuelven a ensombrecer su ánimo.

Ahora estoy solo.

¡Oh, qué rufián y vil miserable soy!

¿No es monstruoso que este actor,

En una ficción apenas, en un sueño de pasión,

Pueda doblegar así su alma a su capricho

Y que por obra de ella todo su rostro palidezca,

Con lágrimas en los ojos, agitación en su semblante,

Su voz quebrada, y su entera actitud ajustada

En sus formas a ese capricho? ¿Y todo por nada?

¡Por Hécuba!

¿Qué es Hécuba para él, o él para Hécuba,

Para llorar así por ella? ¿Qué haría entonces

Si tuviera el motivo y la provocación para apasionarse

Que yo tengo? Inundaría la escena con lágrimas,

Y desgarraría los oídos de todos con discursos de horror,

Enloquecería a los culpables y llenaría de consternación a los inocentes,

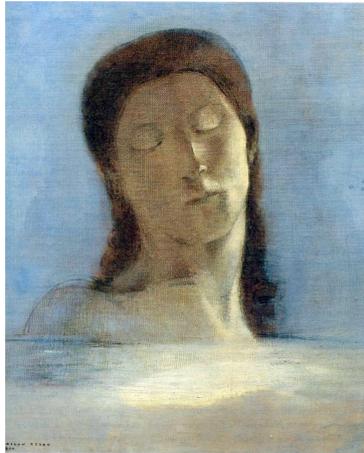
³ Ilustración: Bernardino Licinio, *Retrato de un joven con una calavera* (1524).

Confundiría a los ignorantes, y dejaría perplejas en verdad
 A las mismas facultades para ver y oír. Sin embargo yo,
 Canalla torpe y vacilante, languidezco
 Como un soñador, indiferente a mi causa,
 Y no puedo decir nada –no, ni por un rey
 Sobre cuyas posesiones y muy preciada vida
 Cayó una maldita destrucción. ¿Soy un cobarde?
 ¿No hay quien me llame villano, me parta la cabeza,
 Arranque mi barba y me la tire al rostro,
 Me retuerza la nariz, me eche en cara la mentira
 Y me la haga tragar hasta los pulmones? ¿No hay quien me haga todo esto?
 ¿Eh? ¡Dios, debería aceptarlo!: pues a no ser que tenga
 Hígado de paloma, y me falte hiel
 Que haga amarga esta opresión, hace tiempo
 Que habría engordado los buitres del lugar
 Con las entrañas de este miserable: ¡villano sanguinario y obsceno!
 ¡Villano implacable, traicionero, lujurioso, inhumano!
 ¡Oh, venganza!
 ¡Ah, qué torpe soy! ¿No es admirable
 Que yo, el hijo del querido padre asesinado,
 Incitado a mi venganza por el cielo y el infierno,
 Deba como una prostituta desahogar mi corazón con palabras,
 Y acabe maldiciendo como una mujerzuela,
 Como una fregona?
 ¡Qué vergüenza! ¡Concéntrate, cerebro! He oído decir
 Que en personas culpables, al asistir a una obra de teatro,
 El solo artificio de la escena
 Les ha llegado hasta el alma, y de inmediato
 Han proclamado sus delitos;
 Pues el asesinato, aunque no tenga boca, hablará
 Con la voz más prodigiosa. Haré que estos actores
 Representen ante mi tío algo parecido al crimen
 De mi padre. Observaré su semblante,
 Lo sondearé hasta lo más hondo. Si llega a alterarse,
 Sé cuál será mi camino. El espíritu que he visto
 Podría ser un demonio –y el demonio tiene poder
 Para asumir una forma agradable. Sí, y quizá,
 Aprovechándose de mi debilidad y mi melancolía,
 Como él es tan potente con tales espíritus,
 Se valga de mí para condenarme. Encontraré razones
 Más seguras que ésta. La obra es aquello
 En lo que atraparé la conciencia del rey.

Hamlet no halla forma de aliviar su alma: primero se queja de no poder decir nada por su padre asesinado, cuando los dichos del actor le resultan capaces incluso de hacer confesar a los culpables. Luego se queja justamente sólo de poder decir, de descargar como las mujeres su corazón con palabras en lugar de actuar, y de vengarse como un hombre –cuando el actor puede transformarse por completo, actuar realmente (aunque en otro sentido), y doblar su voz, sus lágrimas y todo su espíritu por una pena ajena, imaginaria. “¿Qué es Hécuba para él? ¿Qué haría si fuera yo? ¿No hay algo monstruoso en esta ficción? ¿Soy un cobarde?” Las preguntas sin respuesta se suceden y abruman, como en buena parte de la obra, a Hamlet. Y si bien siente que aún debe asegurarse antes de tramar una

venganza, la idea de llevarla adelante termina instalándose en el monólogo: un grito desarticulado fragmenta el texto en dos, y luego de proferirlo ahora él también intentará, con la ayuda del teatro, con las mismas armas del actor, hacer confesar al culpable.

El sueño de la muerte ⁴



La vida terrenal más fatigosa e intolerable
Que la vejez, la enfermedad, la pobreza o la prisión
Puedan imponer a una criatura, es un paraíso en comparación
A lo que tememos de la muerte.

William Shakespeare, *Medida por Medida*, 3.1.128-131, (1623).

Cuando el protagonista regresa en la escena siguiente, ha transcurrido otro tiempo que el que separa un acto del otro; Hamlet parece haberse olvidado de su determinación y de su plan de hace un momento, y se nos muestra en su meditación más profunda, en su irresolución más justificada, en la plenitud de su vacilación.

Ser, o no ser; ésa es la cuestión:
¿Si es más noble sufrir en el ánimo
Los hondazos y flechas de la ultrajante Fortuna,
O tomar las armas contra un mar de problemas,
Y, oponiéndonos, acabar con ellos? Morir, dormir;
No más: y con un sueño decir que acabamos
Con el dolor del corazón, y los mil golpes naturales
Que son herencia de la carne; ésa es una consumación
Piadosamente deseada. Morir, dormir;
Dormir, tal vez soñar: sí, ahí está el obstáculo;
Porque en ese sueño de muerte, qué sueños pueden sobrevenir
Cuando nos hayamos desprendido de nuestras tribulaciones mortales;
Eso es lo que nos detiene: ésa es la consideración
Que da tan larga vida a la calamidad;
¿Porque quién aguantaría los latigazos y desprecios del tiempo,
El agravio del opresor, la afrenta del soberbio,
Los espasmos de dolor del amor desairado, la tardanza de la justicia,
La insolencia de la autoridad, el mal trato

⁴ Ilustración: Odilon Redon, *Los ojos cerrados* (1890).

Que de los indignos recibe el mérito paciente,
Cuando él mismo podría saldar todas sus obligaciones
Con una daga desnuda? ¿Quién soportaría cargas,
Gruñendo y sudando bajo una vida fatigosa,
Si no temiera algo después de la muerte,
Ese país sin descubrir, de cuyos confines
Ningún viajero retorna, que desconcierta la voluntad,
Y nos hace soportar los males que nos afligen
Antes que lanzarnos hacia otros que desconocemos?
Así la conciencia nos hace cobardes a todos,
Y el matiz propio de la resolución
Se debilita con la palidez con que la reflexión lo cubre;
Y empresas de gran importancia y alcance
Con esta consideración tuercen su curso,
Y pierden el nombre de acción.

Es difícil y comprometedor agregar algo a todo lo que se ha dicho de este breve texto –acaso uno de los más famosos en el teatro y la literatura occidentales–, así que diré poco... Puede ser sobrecogedor intentar imaginar en qué estaba pensando Shakespeare la noche que escribió estos versos; pensar si imaginó en ese momento todas las veces que ese momento iba a repetirse, en los tiempos y escenarios más diversos; preguntarse si se debe en parte a estas palabras conocidas y siempre esperadas, la fama de esta obra –la más comentada y preferida de todo el canon Shakesperiano. Curiosamente, aunque sea difícil concebir la tragedia de Hamlet sin este parlamento, en él no hay ninguna referencia concreta a su historia, o al asesinato de su padre, ni a su singular amor por Ofelia, ni a Elsinore, ni a Dinamarca; es como si este retazo de la historia escapara de su trama, abandonara el escenario, y avanzara hacia nosotros para acompañarnos, o perturbarnos, por mucho más tiempo que el que lleva su representación.

En una obra llena de preguntas, aquí se nos presenta tal vez la mayor de todas: si ser o no ser, si vivir o decidir dejar de vivir, si aceptar pacientemente lo que nos depara la Fortuna o actuar contra esa Fortuna, o el destino, o las circunstancias de nuestra vida y oponernos a ellas. La muerte no resulta entonces un deseo último, sino que es la consecuencia de enfrentarse a “un mar de problemas”. Es, en efecto, el fin de todos ellos, de todos los dolores, de todas las calamidades que nos acechan con el paso del tiempo. Entonces otro dilema se presenta: en ese descanso posible, qué sueños, o qué pesadillas nos esperan; y el temor a qué cosa terrible después de la muerte nos detiene... No es el temor a ese momento –después de todo es un momento nada más–; sino, nada menos, el temor a toda una eternidad, ineludible e incierta.

Un capricho de la fama ⁵



Claudio, rey de una tarde, rey soñado,
No sintió que era un sueño hasta aquel día
En que un actor mimó su felonía
Con arte silencioso, en un tablado.

Jorge Luis Borges, *Los espejos, El Hacedor* (1960).

Entre el monólogo anterior y éste transcurren una serie de escenas fundamentales en la obra. En ellas Hamlet encuentra la ocasión para vengarse, con sus palabras como dagas, de la traición de las mujeres cercanas a él: primero Ofelia y más tarde su madre. Hay un asesinato que se representa en escena y termina con una reacción comprometida, prácticamente con la confesión del asesino de su padre. Hay una escena en la que Hamlet podría matarlo mientras reza, y otra en la que efectivamente mata al consejero y espía del rey. Esta muerte es la causa (o el pretexto) para su viaje repentino hacia Inglaterra, y para el plan ideado por el rey para darle muerte. Mientras se dirige hacia el mar, a punto de partir, Hamlet se encuentra con un ejército que marcha caprichosamente por su fama, hacia su propio fin, y pronuncia este parlamento:

¡Cómo me acusan todas las circunstancias,
Y acicatean mi demorada venganza! ¿Qué es un hombre
Si el principal bien y beneficio de su tiempo
Es sólo comer y dormir? Una bestia, nada más.
Cierto es que quien nos hizo con tan amplio entendimiento,
Para ver el pasado y el porvenir, no nos dio
Ese don y esa razón semejante a la de un dios para que
Se enmoheciese en nosotros sin usar. Ahora bien,
Sea olvido bestial, o algún escrúpulo cobarde
De pensar con demasiada precisión en los sucesos
—Un pensamiento que, partido en cuatro, tiene sólo una parte

⁵ Ilustración: Alphonse Mucha, *Hamlet* (1899).

De prudencia y tres de cobardía—, no sé
Por qué vivo aún para decir: “Esto hay que hacer”,
Ya que tengo la causa, y la voluntad, y la fuerza, y los medios
Para hacerlo. Me incitan ejemplos tan grandes como la tierra.
Testigo es este ejército numeroso y bien provisto,
Conducido por un delicado y joven príncipe,
Cuyo espíritu henchido de ambición divina
Desprecia el resultado imprevisible,
Exponiendo lo que es mortal e incierto a todo aquello
A que puedan atreverse el peligro, la muerte y la Fortuna,
Y todo por la cáscara de un huevo. Verdaderamente ser grande
No consiste en agitarse por un gran motivo,
Sino más bien en hallar pelea con grandeza por una pequeñez
Cuando el honor está en riesgo. ¿Qué papel estoy haciendo yo entonces,
Que tengo un padre asesinado y una madre envilecida
Para excitarme la sangre y la razón,
Y lo dejo dormir todo; mientras que para mi vergüenza veo
La muerte inminente de veinte mil hombres,
Que por una fantasía y un capricho de la fama,
Marchan a sus tumbas como a la cama, y pelean por un trozo de tierra
Que no es bastante grande para la batalla,
Ni sepulcro suficiente para contener
Y enterrar a los muertos. ¡Oh, de ahora en adelante,
Que mis pensamientos sean sanguinarios, o no valgan nada!

Si antes era sólo un actor, en este episodio es todo un ejército el que acusa a Hamlet con su ejemplo; si ya desconfiaba de su valentía, ahora además lo atormenta la sospecha de un “olvido bestial” que hay en él; si alguna vez dudó entre las diversas formas que podía pensar para su venganza, ahora tiene la certeza de que piensa demasiado.

Algunas ediciones de la obra no incluyen este monólogo: son las que siguen la famosa edición que en 1623 preparó la propia compañía de Shakespeare. Sin embargo Hamlet cumple rigurosamente lo que aquí se propone: de ahora en adelante ya no pensará tanto, se decidirá a actuar, y antes de morir sus pensamientos y actos cargarán con la muerte de sus dos compañeros espías, el hermano de Ofelia y el rey asesino.

*

Como poemas íntimos pronunciados para sí mismo en la penumbra de la escena, y sin embargo presenciados por todos —personajes, audiencia, lectores—, los monólogos de Hamlet nos lo muestran en su esencia, como desnudo, y lo exponen más allá de lo que él mismo se propone o quisiera: ¿porque quién quiere que sepan que uno no entiende el mundo en que le ha tocado vivir, que apenas le quedan sus propias palabras para aliviar su corazón, que sólo el temor a algo terrible después de la muerte le impide correr hacia ella, que uno puede ser un cobarde, y también puede ser un asesino?... Las pocas páginas que reúnen estos momentos son a la vez sutiles y poderosas; cada una resuena leve e inolvidablemente en nosotros; son, en fin, palabras de alguien que está a punto de abandonar la vida y desafiar la muerte, más allá de sus más íntimos temores, para siempre.